

EL AMIGO DE LA INFANCIA

Año LXI

MADRID 8 DE ABRIL DE 1934

NÚMERO 14



CONSTANTINOPLA

UNA EXCURSION A CONSTANTINOPLA

(Conclusión)

Nos encontramos en medio de la vida turca más moderna cuando penetramos en el bazar, un laberinto de largos pasillos abovedados, en los que se venden géneros de toda clase, confeccionados algunos de ellos delante de nuestros propios ojos, como, por ejemplo, los célebres bordados orientales; allí los extranjeros compran todas las curiosidades turcas; pero deben tener muy buen cuidado a no ser engañados demasiado, ya sea por el vendedor, ya sea por el

dragomán, que, al parecer, regatea en su favor.

Aunque el turco se siente muy superior a nosotros los europeos, sin embargo nos permite dar un vistazo hasta en su vida religiosa con tal que nosotros nos prestemos a pagar por ello un bakshish (propina). Dos veces a la semana pueden verse de esta manera los "Santones ululantes", una especie de monjes que forman una casta y que durante horas enteras repiten su monótono "no hay Dios fuera de Allah", mo-

viendo al mismo tiempo y al compás de derecha a izquierda, la cabeza y el cuerpo. La hacen con tal fanatismo que el sudor les corre por el rostro, algunos hasta se les presenta la espuma en la boca; extraño culto y que se puede ver por dinero. Más agradable es la función de los Santos bailantes, que también en honor de Allah se mueven en círculo con facilidad y gracia al son de las flautas en sus amplias togas blancas.

Muchas cosas interesantes podrían contarse aún de la capital de Turquía, pero no quiero extenderme demasiado, y sólo referiré un espectáculo que en aquellos tiempos—estuve en Constantinopla antes de la guerra—era para casi todos los extranjeros el punto culminante de su estancia; me refiero al llamado "Selamlik", la visita que todos los viernes el Sultán hacía a la mezquita para asistir a la oración, seguida de una gran revista militar. Los extranjeros tienen la ventaja de poder asistir con una tarjeta del consulado en una tribuna especial; pero, además de pagar el consiguiente óbolo, deben presentarse con traje negro de visita. Mis apuros no fueron pequeños, pues ¿quién hace un viaje a Constantinopla en traje de etiqueta? Afortunadamente, mi amigo me prestó una levita, y por ser demasiado grande me la puse como un gabán encima de la americana. Ataviado de esta manera tomé un coche y me presenté orgulloso ante la tribuna, cerca del "Yildiz-Kiosk", donde vivía el Sultán; pero vi a muchos que habían llegado con su sencillo traje gris y no habían sido tan obedientes. Tenemos que esperar mucho tiempo y vemos pasar un regimiento tras otro con su

charanga y en uniforme de parada, un espectáculo brillante. Por fin, desde el minarete el mullah llama a la oración, la puerta del palacio se abre, aparecen primero unos coches cerrados y con las cortinas bajadas, en los que se encuentran las señoras del Harém, acompañadas de negros grandes con su fez rojo y traje negro: los eunucos; después siguen unos infantitos a pie, con lindos uniformes. Por último, aparece el Sultán con un solo acompañante en el coche, con rostro inteligente, algo mustio; lleva un uniforme sencillo y saluda amable a la tribuna de los extranjeros. Durante la media hora que él permanece en la mezquita, a nosotros, sus "huéspedes", nos sirven té y cigarrillos. Para el regreso, el Sultán sube a otro coche, cuyos briosos caballos guía él mismo. Va bastante de prisa y algo cuesta arriba, y es un aspecto curioso ver cómo todos los generales, cubiertos de cruces y los altos empleados palatinos rodean trotando el coche de su señor. A nosotros eso nos parecería indigno de un ministro; en Turquía, estos grandes señores, ante el Sultán, también son criados.

De Constantinopla volví a Rusia y tuve ocasión de conocer las delicias del mareo. En mi regreso también resolví el problema, cómo en un año se puede celebrar dos veces la fiesta de la Ascensión. ¿Cómo? Celebrándola, primero en la iglesia evangélica de Constantinopla, y después en Rusia, donde el calendario está atrasado en trece días. Pero, aparte de la solución de este problema, aprendí, vi y oí tantas cosas en este viaje que guardaré de él un grato recuerdo durante toda mi vida.

EL PAJARO DE CRISTINA

(Un cuento de Pascuas de Resurrección)

A poca distancia de Petersburgo (Rusia) estaba un pueblecito finlandés llamado To-

rioki. Era pobre, como la mayor parte de los pueblos finlandeses. Las chozas estaban

mu distanciadas, esparcidas en la nieve, construídas de unas piedras toscas.

La última choza era la más mísera de todas. Estaba completamente abandonada, allá fuera, a orillas de un lago todo helado. En este día de invierno no había más que una sola persona en la choza. Encima de un duro catre estaba acurrucada una niña, llorando y medio helada. Cristina tenía grandes ojos azules. Estos miraban a su alrededor con una profunda tristeza. Tenía abundante pelo muy rubio, pero enmarañado como el lino de una rueca que no está arreglada. La pobre Cristina, coja además, era huérfana. Una prima suya la había recogido porque no querían que se muriera en la calle, pero no le dió más que lo justamente necesario y cariño no le dió ninguno. Hoy había ido a un cortijo vecino para ayudar a cortar plumas (las plumas de gansos y gallinas que sirven para llenar almohadas.) En esta finca vivía el aldeano Ritz, y de allí traían algunas veces un poquito de leche.

Fuera caían de nuevo unos copos de nieve, muy blancos y muy blandos. Estos también parecían ser plumas. En esto había pensado Cristina primeramente, y el torbellino de los copos de nieve le había divertido un ratito. Pero después se había cansado. La pierna, tiesa y coja, la dolía. La manta no la abrigaba lo suficiente, ni ahora, cuando ella sola se podía envolver en ella; durante la noche tenía que servir para la prima y para ella. El pucherito de café, hecho casi todo de achicoria, estaba vacío.

La pobre criatura abandonada se encogió como un pequeño gorrión, que siente frío. Sentía su soledad y no tenía ni un pensamiento alegre. Jamás en su vida había conocido la alegría. Ya había cumplido nueve años.

De pronto oía algo afuera y escuchó con atención. Ahora, en efecto, se abrió la puerta; despacio y con trabajo, porque había mucha nieve. Al momento Cristina se asustó. ¡Si hubiera venido un desconocido! Pe-

ro pronto recobró su calma. ¡Jamás podría ser un ladrón! En primer lugar, no había nada que valía la pena robarlo, y luego, los finlandeses era gente muy honesta. De pronto se iluminó su carita triste. El que entró era la única persona que la trataba con cierto cariño. "Ranz", exclamó, y palmoteó con sus heladas manecitas. Ranz se llamaba en realidad Franz (Francisco), pero los finlandeses no saben pronunciar la F, aunque su nombre—finlandeses—empieza con una F. El era el nieto del viejo Ritz, donde la prima estaba trabajando aquella tarde.

"Había bastante gente para cortar las plumas", dijo Ranz riéndose, "así me he escapado. Hoy justamente quería verte, porque es tu Santo. Lo sé, porque mi madre también se llama Cristina. También te he traído un regalo para el día de tu Santo." Los ojos de Cristina se abrieron cada vez más. En efecto, él traía algo atado en un pañuelo. Con una curiosidad que casi le cortaba la respiración, miraba la pequeña cómo él desató el paquete. Primero, salían dos tortas fritas; tan grandes, no las había visto Cristina jamás. Luego, una cosa cuadrada, envuelta en un paño grueso. La curiosidad de Cristina aumentó por momentos. Saltó y se sostuvo en una pierna como una cigüeña. Esto lo podía hacer, aunque no por mucho tiempo seguido.

De repente gritó con júbilo: "¡Un pajarito!" La cosa cuadrada era una pequeña jaula, y dentro venía un pequeño verderón, comiendo en su comedero. La alegría de la niña no tenía límites.

Casi con devoción miraba una y otra vez al pajarito y repetía continuamente: "Pero, ¿es verdad que ésto sea mío?"

"Sí, tuyo es", dijo Ranz, y de alegría echó en alto su gorra.

"En otoño le he cazado para ti y le he domesticado. Pronto comerá en tu mano. Los pocos granos que necesita te los traeré yo."

"¡Oh, oh!", exclamó la pequeña una y

otra vez. Luego probó una de las tortas. No quiso más que probar un pedacito, pero Ranz dijo riéndose: “¡Anda, tómallo todo, no ves que hay dos!”

¡Con qué ganas la niña hambrienta las comió!

“Yo no sabía que era el día de mi Santo hoy”, dijo Cristina.

Ranz se reía. “Es el día cuando toca tu nombre en el calendario. Tienes un nombre bonito. Una reina de Suecia se llamaba así también.”

“¿Qué significa Cristina?”, preguntó la pequeña.

Ranz alborotó su cabellera rubia y espesa. Pero aunque aventajaba a la niña en una experiencia de cuatro años más, y a pesar de sus conocimientos de la reina sueca, esto lo ignoraba él también.

Ahora se olvidaron los dos de todo lo demás, porque el veredón piaba.

“¡Oh, ha piado!”, exclamó la niña; “¡qué bien suena esto, ahora no me va a parecer tan largo ningún día!”

La prima tuvo una gran sorpresa al volver aquella noche. Las “buenas noches” no fueron malhumoradas como otras veces; nada de llanto, sino exclamaciones de júbilo se podían oír. Ella había creído hasta entonces que la pequeña era una niña terca y obstinada. Hoy estaba completamente cambiada. Hasta que había guardado media torta para ella. No se cansaba de contarle todo, y no permitía que, cansada, se acostara hasta haber admirado debidamente al pajarito.

Desde el primer pío del pájaro por la mañana, Cristina estaba feliz. Pronto comió en su mano. El pájaro era para ella toda la felicidad. Ya no se sentía abandonada. Todas las preguntas que se despertaban deba-

jo de aquella cabellera rubia las confiaba a su pájaro. Y aunque jamás recibía una contestación, el poderlo manifestar ya era un alivio muy grande. “Pajarito, ¿por qué está el cielo tan azul? ¿Por qué tendré yo una pierna coja? Pajarito, ¿adónde ha ido la pequeña “Rancizca” cuando murió?”

Nunca había pasado un invierno tan de prisa; nunca había sido tan divertido; jamás se había sentido tan acompañada.

Pues vino un día que todos los habitantes de Torioki jamás olvidaron. Era al anochecer; ya había oscurecido. Ni una nube había en el cielo. Empezaba a caer una fuerte helada. De pronto, todo el cielo se tiñó de púrpura. Los vastos campos de nieve se volvían rojos como sangre. Reinaba un silencio abrumador, como si toda la naturaleza se quedase suspensa. Luego aullaban los perros y los pequeños caballos finlandeses relinchaban. Algunas veces la luz roja era de un color profundo, otras veces más pálido. Ondeaba como la luz de un reflector. La prima estaba mirando por la ventana y retorció las manos: “¿Qué significará aquello?”, gritó. Cristina apenas se atrevía a respirar.

En la calle había algunos hombres que habían venido de la taberna. También ellos estaban asustados de la extraña aparición.

La atmósfera era pesada y bochornosa. El vasto campo de nieve en la luz roja ofrecía un aspecto conmovedor.

“¿Qué podrá ser esto?”, preguntó el zapatero de Monte Hill. “Será la luz boreal”, opinó el padre de Ranz, que había visto algo más del mundo. “Mirad allí el tejado; parece que tiene sangre; oíd cómo aullan los perros, y en el cortijo vecino las vacas están agitando sus cadenas.”

(Concluirá)

PRECIO DE SUSCRIPCION: *Por un año:* En España y Repúblicas Americanas, ptas. 3,00 (25 centavos oro); en los demás países, ptas. 4,50.

Librería Nacional y Extranjera: Caballero de Gracia, 60 - Madrid.